

Vista del aeródromo de Getafe, tomada desde aeroplano

© Biblioteca Nacional de España

IMPRESIONES DE UN VUELO

FRANCISCO GARCÍA

SALVADOR



21 DE ENERO DE 2020
TALLER HABLEMOS DE GETAFE
Teresa Garrote y César García



IMPRESIONES DE UN VUELO

Una hora a bordo de un avión militar.

Merced a la tan gentil invitación del piloto militar y buen amigo Pepe Pérez Sánchez he podido al fin satisfacer mi deseo más ferviente de sentir esa emoción del vuelo, que me aguijoneaba siempre que charlaba con algún aviador o veía evolucionar algún aparato. Mi entusiasmo crecía por momentos, y con esa confianza y seguridad tan grande que me daba el simpático pequeño, como le llamamos amigablemente, decidí acudir con toda puntualidad, venciendo mi árabe pereza meridional, una mañana templada y agradable de estos días madrileños tan acogedores, a la calle de la Victoria, donde nos esperaba el "auto" que había de trasladarnos al aeródromo militar de Getafe

Cruzamos rápidamente la ciudad, precedidos por la ronquera gutural del "clason". Aparecieron a las afueras y nos lanzamos por la carretera polvorienta y sucia, zarandeados por los infinitos baches que la cubren, presintiendo un encontronazo con los carricoches de trajinantes y carreros que cansinamente y sin mirarnos se apartaban a un lado, respirando un olor fétido de basuras quemadas y contemplando por las ventanillas de nuestro coche un paisaje pintoresco y absurdo, como arrancado de un dibujo de Sancha: casuchas primitivas y miserables, solares circundados de vallas desvencijadas y sembrados de envases de lata, viejos y mohosos; una chiquillería vestida con ropas de la más extraña diversidad y perros famélicos que nos ladraban con ojos espantados.

Escuchaba la charla cordial, en franca y jocunda camaradería, de mis compañeros de viaje, y procuraba apartar de mi espíritu toda idea triste. Es simpática esta democracia que existe entre la gente del aire. Les oía charlar en una especie de argot aeronáutico.

- ¿No sabes? —decía uno—. El trompa de Luis está decidido a casarse en seguida. Se va a soltar el pelo con ese renverseiment tan peligroso.

- Habla, habla de otra cosa. Eso es gaffe contestaba algún otro.

El coche avanza ahora lentamente. Algunos curiosos atisban en la puerta del aeródromo. Llegamos. Un aire frío y punzante infla grotescamente la tela, listada de rojo, de la manaja indicadora del viento, que señala al horizonte como un índice gigantesco.

Salimos al campo. Varios aparatos en correcta formación esperan a sus pilotos, y en tanto, unos mecánicos los alimentan de gasolina. Otros aviones, empujados por soldados en apretado grupo, salen trabajosamente de los hangares. El zumbido de un Havilland nos hace mirar al espacio y contemplamos en la pantalla del cielo una graciosa espiral que va dibujando en el aire, como la caída en barrena de un pájaro herido y que ya muy cerca del suelo reanudase con todo ímpetu su vuelo.

Con gran curiosidad me aproximo a un Fokker que majestuoso y grave se deja acariciar por mecánicos que le petrolean. Me inspira confianza la amplitud de sus planos y su aspecto de ave gigantesca y metálica. Un "Pinocho" burlón, de serrín y trapo, pone una nota alegre, ingenua e infantil sujeto a un montante del ala derecha. Es la mascota del aparato. "Este es el avión que hemos de tripular", me dicen.

Me presentan al simpático Paco Solans, piloto civil y entusiasta aéreo, que en esta ocasión oficiará de monaguillo en mi bautismo del aire. Un cigarrillo rubio pone un broche cordial a esta mi nueva amistad. Se acerca Pérez Sánchez enfundado en un mono de tono crema claro, y a modo de pasamontañas lleva un gorro de seda amarillo. No da idea de la clásica estampa del aviador; más bien parece que va a un baile de trajes. Me prestan un casco de cuero y unas gafas enormes. Solans, con su casco negro con una calavera en su frente, me hace sentir un escalofrío con su flemática sonrisa al preguntarle dónde encontró tan maravilloso y macabro amuleto.

El piloto ágilmente desaparece, como tragado por el gigantesco aparato. Varios soldados cogidos en cadena dan un vigoroso empuje a la hélice, que arranca velozmente. Transcurren unos minutos con el motor en marcha, que jadea fatigosamente al principio y que poco a poco tiene un ritmo vibrante. Los 300 caballos del Rolls se encabritan y responden con docilidad al máximo de esfuerzo que el piloto exige desde su carlinga. Y llegado el momento de partir al espacio innumerable. He sentido algo de inquietud, que procuro no reflejar en mi rostro.

Me ayudan a colocarme el pasamontañas y me atrincherero tras las gafas. Lleno de emoción me abotono los guantes, enormes, de boxeo, y salto a la barquilla, despidiéndome antes, de todo lo seguro, con una mirada breve pero intensa.

Me coloco en el asiento del observador, y Solans abrocha fuertemente el ancho cinturón de seguridad. Mientras, me ruega que no toque la palanca de mando ni mueva la manecilla del gas. Observo que él irá de pie para mayor comodidad mía. Un poco encogido el ánimo con tales precauciones y tales advertencias de no tocar a nada, más lleno de ansiedad, me dispongo a esperar los acontecimientos.

Un ruido enorme, un resoplar fragoroso, un torbellino de aire que levanta la hélice y que nos azota con violencia. No me doy cuenta que empezamos a despegar del suelo. Sólo un ligero balanceo y la intensidad del aire, que me agobia, me fatiga y me impide asomar la cabeza fuera de la barquilla. Solans, a gritos, me dice, señalándome el altímetro:

- Estamos en el aire.

Pérez Sánchez, con una serenidad que me asombra, inicia un rápido viraje, y de repente nos encontramos encima del Cerro de los Ángeles. Pasamos casi rozando la imagen de Jesús, y de un violento tirón de la palanca partimos otra vez hacia el espacio, en una fuga ilusoria. Continuamos ganando altura, y, sin embargo, la inmovilidad del aparato es una ilusión que me posee, hasta que miro la sombra del mismo que se desliza velozmente sobre el suelo.

Siento una embriaguez inefable y una seguridad absoluta suspendido en el espacio, en una quietud de maravilla, sin pensar ni un solo momento que pudiéramos caer violentamente con este paisaje que velozmente marcha a nuestros pies en sucesión rápida, como el desarrollo de un flim y como la perspectiva de un dibujo de vanguardia, con sus manchas geométricas de colores planos.

Cruzamos sobre los barracones de Cuatro Vientos. ¿Es, quizá, la maquette de un arquitecto? Atravesamos un pueblecito, con sus casas pequeñas y con su cementerio lleno de cruces y de una serenidad inquietante. ¿Tal vez un juguete de chicos? Va desapareciendo todo rápidamente y continúa la monotonía de la ocre llanura castellana. Nos envuelve una neblina espesa. El ruido ensordecedor me cansa y zumba en mis oídos desagradablemente. La aguja del altímetro señala 1.200 metros. Por el lado derecho se distingue perfectamente las altas torres de la estación radiotelegráfica de Prado del Rey, y a poco aparecen, en grupos de manchitas oscuras, los pinos de la Casa de Campo. El estanque, que brilla metálicamente, puede abarcarse con el hueco de la mano.

El panorama avanza bajo nosotros. Entre las tierras cultivadas aparecen las cintas estrechas de los caminos. Algún campanario. Columnas inmóviles de humo. Centellear de cristales en alguna casa aislada. -Surgen, empequeñecidos por la distancia. El Pardo, Villalba, El Escorial, unidos en apretado abrazo. El Guadarrama, al fondo, velado por unas nubes grises, da un matiz velazqueño al paisaje y es como un dique que impidiera nuestra marcha.

Ensimismado en mi mundo interior, saboreando esta paz y libertad del espacio, apenas me doy cuenta que en un viraje rápido hemos iniciado el regreso. Siento un descenso rápido, como la emoción que causara un columpio gigantesco. Hemos perdido altura con un picado en barrena. Volvemos al aeródromo.

El piloto aprovecha una ligera brisa a nuestro favor, y que parece empujarnos. Con el máximo rendimiento del motor marchamos a una velocidad enorme, insospechada por mí. Comprendo ahora el vértigo de la velocidad y ese afán de huir en alocada fuga en estas carreteras ideales sin obstáculos.

Transcurren unos minutos. Me encuentro cansado por la forzada inmovilidad y por el ruido del motor. Por fin reaparecen los barracones del aeródromo de Getafe. Disminuye un tanto el estruendo, y en un suave deslizar pasamos casi rozando el tejado de los edificios. Creo haber cerrado los ojos sin darme cuenta.

Solans me indica que me sujete fuertemente. De pronto, una sacudida violenta y un rodar tranquilo. Hemos ya en tierra firme. Por último, el avión se despereza en una ligera y breve sacudida final y queda inmóvil. Saltamos prontamente de la barquilla. Llevo aún en mis oídos el estruendo formidable y siento un ligero cansancio.

Nos disponemos a regresar a Madrid. Durante el trayecto apenas hablo, todavía me dura la embriagadora y risueña emoción del aire, al entrar de nuevo en la ciudad, bulliciosa y alegre, siento una suave tristeza. Me encuentro otra vez, y tan pronto, entre la gente que vive a ras de tierra, como envidia a esta otra gente de alas, pero no de cera, como Icaro.

FRANCISCO GARCÍA SALVADOR

Bibliografía: Biblioteca Nacional de España

<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0004919986&search=&lang=en>

IMPRESIONES DE UN VUELO

Una hora a bordo de un avión militar

Mirando a la tan gentil hostelería del piloto militar y buen amigo Pepe Pérez Sánchez lo pedaleo al fin satisfacer mi deseo más ferviente de sentir esa emoción del vuelo, que me aguijonea siempre de charlarlo con algún aviador o esta evolución en algún aparato. Mi entusiasmo crecía por momentos, y con esa confianza y seguridad tan grande que me daba el orgulloso papete —como le llamamos amablemente— decidí acudir con toda prontitud, volviendo no sólo por el meridiano, una mañana temprana y agradable de estos días madrileños tan acogedores, a la calle de la Victoria, donde me esperaba el "señor" que había de trasladarme al aeródromo militar de Getafe.

Cruzamos rápidamente la ciudad, prescindiendo por la rotunda general del "klaxson". Aparecieron las aljuras y nos lanzamos por la carretera polvorienta y seca, mirándonos por los espejos laterales que la cubren, prescindiendo un momento con los carricochos de trapezoides y carreteras que continuamente y sin interrupción se apartaban a un lado, respirando un olor feo de humos quemados y contaminados por las ventanillas de viscoso sucio un paisaje silencioso y abrumado, como arruinado de un diluvio de bombas; caseríos primitivos y miserables, solares desmantelados de calles desveredadas y ventanillas de casas de luto, viejas y solitarias; nos chapulleaba intensa brisa con ruidos de la más extraña diversidad y perros lamelicos que nos lataban con ojos repostados.

Encuchaba la charla cordial, en franco y franca camaradería, de mis compañeros de viaje, y preguntaba aparta de mí espíritu toda idea trista. Es simpática esta democracia que volaba sobre la senda del aire. Las oír charlar en una especie de arpa acústica.

—¿No sabes?—dijo uno—. El tiempo de Luis está decidido a casarse en agosto. Se va a casar el pelo con un revolucionario tan pelagoso.

—Hasta, hasta de otra cosa. En es *suffe*—contestó algún otro.

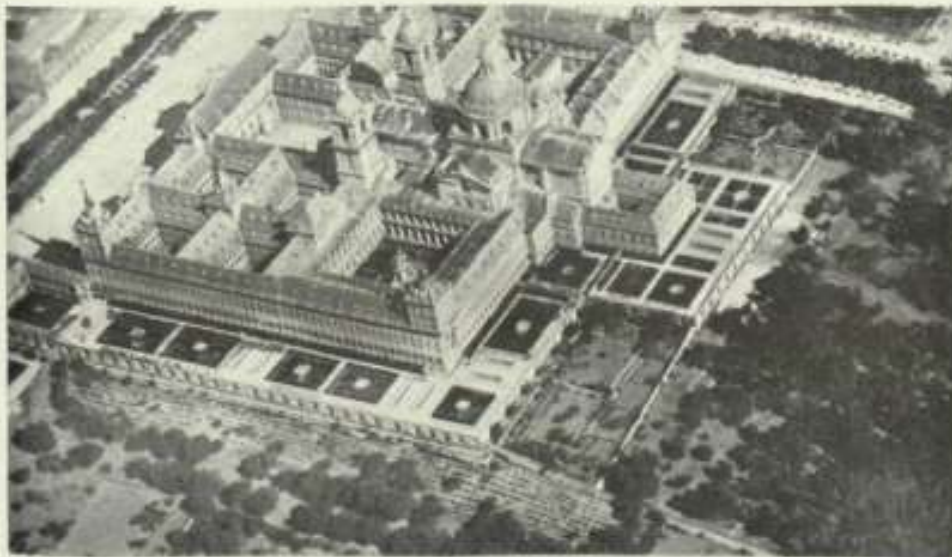
El coche avanzó ahora lentamente. Unos aviones volaban a la puerta del aeródromo. Llegamos. Un aire frío y gustoso nos golpeó profundamente la tela, lista de rojo, de la vestimenta del viento, que volaba al latir como un latido al quejoso.

Salimos al campo. Varios aparatos en perfecta formación esperaban a sus pilotos, y en tanto, unos mecánicos los alimentaban de gasolina. Otros aviones, empujados por soldados en apretado grupo, salían indolentemente de los hangares. El ruido de un *Hawker* nos hizo mirar al espacio y contemplamos en la pantalla del cielo una graciosa señal que va dibujando en el aire, como la cola en *hervido* de un pájaro herido y que ya muy lejos del suelo transmite con todo ímpetu su vuelo.

Con gran curiosidad me aproximé a un *Fokker* que majestuosamente y grave se dejó acariciar por momentos que le rodeaban. Me asombró la amplitud de sus alas y su aspecto de ser gigantesca y melancólica. Un "Pitche" burlón, de sermón y trazo, puso una nota alegre, ingeniosa e infantil sujeto a un motor de ala derecha. Es la esencia del aparato. "Este es el avión que hemos de tripular", me dicen.

Me presentaron al simpático Pepe Sánchez, piloto civil y entusiasta piloto aéreo, que en esta ocasión oficiará de monaguillo en el bautismo del aire. Un cigarrillo rubio pone un fuerte acento a esta mi nueva amistad. Se acerca Pepe Sánchez empujando en un vaso de vino espeso claro, y a través de reconocimientos lleva un grupo de siete aviones. No da idea de la clásica costumbre del aviador; más bien parece que va a un baile de trajes. Me presento un vaso de agua y unas galletas sencillas. Salimos, con un ruido negro con una calavera en su frente, me hace sentir un escalofrío con un temblor sobre el proyectado desde el centro un maravilloso y sencillo aparato.

El piloto rápidamente desaparece, como tragado por el gigantesco aparato. Varios soldados regulares en columna dan un vigoroso



El Monasterio de El Encanto visto desde avión.

© Biblioteca Nacional de España

empuje a la hélice, que arranca velozmente. Transcurren unos minutos con el motor en marcha, que jadea fatigosamente al principio y que poco a poco toma un ritmo vibrante. Los pilos cubiertos del fondo se elevan y responden con docilidad al mínimo de esfuerzo que el piloto exige desde su consola. Ha llegado el momento de partir al espacio inabarcable. He sentido algo de inquietud, que procura no reflejar en mi rostro.

Me ayudo a educarme el funcionamiento y me atrevero tras las gafas. Lleno de emoción me alejano los guantes, meceros, de bronce, y salto a la barquilla, despidiéndome antes, de todo lo seguro, con una mirada breve, pero intensa.

Me oculto en el asiento del observador, y Solans abraza fuertemente el ancho cinturón de seguridad. Mientras, me riñe que no toque la palanca de mando ni mueva la manecilla de gases. Observo que el tri de pie para mayor comodidad mía. Un poco inseguro el último con tales precauciones y tales advertencias de no tocar a nada, más flemos de ansiedad, me dispongo a esperar los acontecimientos.

Un ruido enorme, un resacafr fragoroso, un turbillón de aire que levanta la hélice y que nos anota con violencia. No me dá cuenta que empezamos a despegar del suelo. Sólo un ligero balanceo y la intensidad del aire, que me agobia, me lanza y me impide acercar la cabeza fuera de la barquilla. Solans, a gritos, me dice, señalándose el altímetro:

—Estamos en el aire.

Pérez Sápela, con una serenidad que me asombra, inicia un rápido viraje, y de repente me encontramos encima del Cerro de los Angeles. Pasamos casi rozando la imagen de Jesús, y de un violento tirón de la palanca partimos otra vez fuera el espacio, en una línea vertical. Comenzamos ganando altura, y, sin embargo, la inmovilidad del aparato es una ilusión que me posee, hasta que miro la consola del mismo que se desliza velozmente sobre el suelo.

Siento una embriaguez variable y una seguridad absoluta suspendido en el espacio, en una quietud de maripilla, sin pensar ni un solo momento que podríamos caer violentamente en ese paisaje que velozmente marcha a nuestros pies en sucesión rápida, como el desarrollo de un film y como la perspectiva de un dibujo de vanguardia, con sus manchas geométricas de colores planos.

¿Cuántas obras los barracanos de Cuatro Vientos. ¿Es, qué sé yo, la maqueta de un arquitecto? Atravesamos su poblado, con sus casas pequeñas y con su cementerio lleno de cruces y de una serenidad inquietante. ¿Tal vez un juguete de chicos? Va desapareciendo todo rápidamente y cede la insonoridad

de la zona Barrea castellana. Nos sobrevuela una redonda espesa. El ruido ensordecedor nos cubre y abunda en sus oídos desagrudablemente. La aguja del altímetro señala 1.500 metros. Por el lado derecho se distinguen perfectamente las altas torres de la estación radiotelegráfica de Prado del Rey, y a poco aparecen, en grupos de manchitas oscuras, los pilos de la Casa de Campo. El estorpe, que brilla metálicamente, puede abstrarse con el dedo de la mano.

El panorama avanza bajo nosotros. Entre las tierras cultivadas aparecen las cintas estrechas de las caminos. Algún campo surco. Columnas leoniles de lomo. Confección de cristales en alguna casa aislada, borrosos, empapados por la distancia. El Pardo, Villalba, El Escorial, todos en apretado abasco. El Guadarrama, al fondo, velado por una niebla gruesa, da un mal rollo velozmente al volar y es como un dique que impidiera nuestra marcha.

Entremetido en mi mundo interior, adormecido una paz y libertad del espacio, apenas me doy cuenta que en un viraje rápido hemos iniciado el regreso. Siento un dramático capó, como la ansiedad que camara un volcán gigante. Hemos perdido altura con un pifazo en barrera. Volvemos al aeródromo.

El piloto aprovecha una ligera brisa a nuestro favor, y que parece empujarnos. Con el máximo confinamiento del motor marchamos a una velocidad enorme, insuspechada por mí. Comenzamos ahora el viraje de la velocidad y esa afán de bajar en abocada fuga en estas carreteras de abajo sin obstáculos.

Transcurren unos minutos. Me encuentro cansado por la fatiga inmovilidad y por el ruido del motor. Por fin reaparecen los barracanos del aeródromo de Getafe. Distingo en todo el estorpe, y en un mismo instante pasamos con rozamiento el tejado de los edificios. Creo haber cruzado los ojos sin darse cuenta.

Solans me indica que me sujere fuertemente. De pronto, una succión violenta y un rotar torbellino. Hemos ya en tierra firme. Por último, el avión se detiene en una ligera y breve sacudida final y queda inmóvil. Saltamos prontamente de la barquilla. Deseo aún en mis oídos el estruendo formidable y siento un ligero cansancio.

Nos disponemos a regresar a Madrid. Durante el trayecto apenas hablo. Aún me dura la embriaguez y rizada ansiedad del aire, y al entrar de nuevo en la ciudad, bulliciosa y alegre, siento una suave tristeza. Me encuentro otra vez, y tan pronto, entre la gente que vive a sus de tierra, que vuelvo a esta otra gente de alto, pero no de otra, como antes.

FRANCISCO GARCÍA SALVADOR



Vista del aeródromo de Getafe; tomada desde avispaseo.

© Biblioteca Nacional de España